

METAMORPHOSIS

EMMA RIVEROLA

METAMORPHOSIS



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

Ilustración de cubierta: Rama de cerezo con *Aquiles Morpho* (Merian),
Science History Images/Alamy Foto De Stock.

Primera edición: marzo de 2023

© Emma Riverola, 2023
© de la presente edición Edhasa, 2023
Diputación, 262, 2º 1ª
08007, Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1160-0

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 3485-2023

Impreso en España

A Luis, por acompañarme
en cada una de mis metamorfosis.
A Amanda, por descubrirme nuevos paisajes.
A Max, por enseñarme a no desfallecer.

«Todo hombre tiene conciencia moral y un juez interno le observa, le amenaza, le mantiene en el respeto (respeto unido al miedo), y este poder, que vela en él por las leyes, no es algo que él se forja (arbitrariamente), sino que está incorporado a su ser. Le sigue como su sombra cuando piensa escapar. Él puede ciertamente aturdirse o adormecerse con placeres y diversiones, pero no puede evitar volver en sí o despertar tan pronto oye su terrible voz. El hombre puede llegar en su extrema depravación hasta no hacerle ningún caso, pero, sin embargo, no puede dejar de oírla».

Immanuel Kant,
La metafísica de las costumbres

Un tribunal de la conciencia que resuena en el interior de cada hombre. De cada mujer.

Sumario

Ese aroma dulce y ligeramente acre	13
El perfume de Roser	25
La fragancia de una ciudad líquida	45
Un olor de agua estancada	65
La nariz de Ernest Beaux	91
Colonia a granel	111
El olíbano, las mariposas y la resurrección	127
Se acabó el almizcle	145
La peste del miedo	163
Destilado de la Biblia, el Corán y el Manifiesto Comunista	189
La esencia de las madres culpables	211
El incienso de Caravaggio	231
Al fin, todo es química	251
Metamorphosis	267
Nota de la autora	279
Agradecimientos	281

Ese aroma dulce y ligeramente acre

Estoy aquí. Tranquila, hoy no morirás. Sólo tienes que concentrarte en el pie. En el derecho. En cuanto consigas moverlo, todo volverá. Y te librarás de ellos. No, en realidad seguirán ahí. Pero, si tú despiertas, ellos se dormirán. Hasta que vuelva la noche. Concéntrate, eso es todo. Céntrate en el maldito pie derecho. No te angusties. Trata de controlar la respiración. Pobre Lali, tan brillante, tantos conocimientos y tan inútil a veces. Atrapada en tu cuerpo, así estás. Inmóvil. Paralizada. Como ellos. Será el karma.

Ya. Gritas y escupes los demonios, o eso querrías. Está bien; lo del pie hubiera sido más silencioso, a veces aún te resistes a hacerme caso. Tu madre también lo hubiera preferido. Se está revolviendo sobre su colchón viejo de muelles. Morirá sin haberlo cambiado. Resoplas como un ahogado recién rescatado. Como si el héroe de turno te hubiera hecho el boca a boca hasta traerte de vuelta. Pero no hay héroe, claro. En esta historia, eras tú. Eso creías. Sudas. Toda la humedad de tu cuerpo concentrada en la piel. Y ese aliento de vino tinto, pesadilla y agua estancada. Te gustaría escupirlo, pero ni fuerzas tienes. Levántate. Al menos, en esto no te resistas, es absurdo. Necesitas beber y tranquilizarte un poco. Y ponte las zapatillas.

Sí, un día te matarás tropezando en este escalón. O tu madre. O tu hija, cuando venga de visita. La vieja casa clama a gritos una reforma. Un poco de agua fresca y siéntate. Sí, ahí mismo. ¿Oyes? Ya baja. No te lamentes, ha sido culpa tuya. Mover el pie era mejor idea. Ahora, apechuga. Y recomponete un poco. Fíjate en tu madre; recién salida de la cama y tiene más glamur que tú de fiesta. Laca a prueba de bombas.

—¿Otra vez, Eulàlia?

No sé si le molesta más haberse desvelado o ese mechón rebelde que no hay forma de recolocar.

—¿Te he despertado?

—A mí y a la mitad del vecindario. Cualquier día van a llamar a la policía.

Tiene razón, así que no te pongas a la defensiva. Ya estás adelantando la barbilla. Tú no tienes la culpa de sufrir parálisis del sueño; ella tampoco de aguantar a su hija de cuarenta y seis años en casa. Aquí, varada, como una ballena en la orilla. De acuerdo, puede que no sea la imagen más agradable, pero es bastante descriptiva, ¿no crees? Y si no te gusta lo que digo, me largo y te quedas con ellos. Mírala, se levanta; quizá tienes suerte y se vuelve a la cama. Anda, pues no. Acaba de descubrir que los marcos tienen un dedo de polvo. Ventajas de levantarse al amanecer, justo cuando entra el sol directo. Fíjate con qué determinación va a la cocina. Ya está, aquí regresa perfectamente armada.

—¿Qué haces, mamá? ¿Te vas a poner a limpiar el polvo a estas horas?

No contesta. ¿Para qué? No son horas de batallas dialécticas entre madre e hija. Ya sé, Lali, esta limpieza extem-

poránea no tiene sentido. Menos todavía cuando dentro de tres horas llegará Lorena para hacer un repaso. Pero déjalo. Déjala. Contente. ¿Qué ganarás montando un autosacramental por una tontería? Además, basta que la cuestiones para que se afane aún más. Todavía se aupará a una silla y tendremos un disgusto. Contrólate y calla. Ya empieza. Primero el benefactor, cómo no. Eduard Montornés, con su traje negro, su toga, su birrete de abogado y ese rostro amable y mórbido, de cejas pobladas y mejillas de mantequilla. Ése te cae simpático. Normal, hay que agradecerle la intuición de levantar esta torre en 1865. Entonces, una construcción modesta en un paisaje de bosques y tierras de cultivo. Ahora, un chollo en el elegante y exclusivo barrio de Sant Gervasi que te ha librado de hipotecas. Materiales, claro. De las otras, arrastras un catálogo entero. Montornés también fue el primero en morir prematuramente. Él inauguró el muro de los machos extinguidos mientras el resto de las paredes se iban impregnando de ese aroma dulce y ligeramente acre, similar al ácido láctico del yogur. El aroma vaginal de tu hogar.

—Levántate, Eulàlia, que contigo en medio no alcanzo a limpiar bien. —Hazlo, si no quieres ver ese trapo estampado en tu cara.

Nunca accederá a llamarte Lali. Demasiado vulgar para esta casa. Eulàlia y Montserrat, los dos únicos nombres de mujer que, hasta que tú profanaste la tradición llamando Mila a tu hija, han habitado esta casa. De hecho, los únicos nombres. A los hombres apenas les dio tiempo de engendrar hijas y lucir un retrato. Tu madre suspira, y su mano tiembla un poco. Está envejeciendo. Igual que tú. Ya sé, te

inquieta la debilidad. Repasa cuadro por cuadro y se detiene en el rostro más canijo del catálogo.

—Hay que reconocer que es el más feo.

—¿Qué dices, Eulàlia?

—El cuadro. Bueno, él también.

—Es mi padre, por si no lo recuerdas. —Está frunciendo los labios. El comentario no le ha sentado bien. Y lo sabías.

—Mamá, no lo viste en tu vida.

¡Para! Córtate un poco, Lali. ¿A qué viene decir eso? Además, las ausencias también pesan. Tú lo sabes mejor que nadie. Se ha ofendido. Lleva un minuto pasando el trapo por esa muesca. Dile algo, no la dejes atrapada en esa hendidura.

—¿Te acuerdas de las cosas raras que hacía la yaya cuando pasaba por delante del cuadro?

—No sé a qué te refieres.

—Vamos, mamá, tienes que acordarte. A veces lo miraba y hacía un sonido extraño con la garganta, como un gargajo atravesado. Pero, otras, lo recorría de lado a lado con el índice. Quizás una maldición, o aún soñaba con rebanarle el cuello.

—¿No podrías aplicar tu inteligencia a algo mejor que decir tonterías, Eulàlia?

Vale, es verdad. Ella no lo pone fácil. Pero hablar de su madre no es una buena idea. Tu abuela Eulàlia creció con el alma torcida. Eso decía su madre, la beata, la médium. Lo cierto es que la niña salió con un carácter de mil diablos y se pasó la vida haciendo lo que le salía de sus santos ovarios. Sobrevivió a los bombardeos y al hambre. Incluso a ese miserable que aceptó por esposo. Le duró un suspiro,

lo que tardó el piojo verde en chuparle la sangre y transmitirle el tifus. Le dejó en herencia un salvoconducto a la respetabilidad, los pantalones y... ella. La mujer que ahora se afana en librarlo del polvo. Las cosas como sean, a Eulàlia nunca le afloró el instinto maternal. Ni a ella ni a sus amigas, que, esporádicamente, ejercían de tías. Claro, la niña no dejaba de ser una digna representante de la asfixiante y castrante institución familiar, con lo que no tardaban en expulsarla de su particular isla de Lesbos.

Quizás es por eso. Sí, seguro. Ahí tienes a tu madre, la personificación del orden y las apariencias. Garante de las esencias, devota de las tradiciones. Domingos de sardanas y tortel de nata. Suscripción a *La Vanguardia*, libreta en La Caixa y los secretos bien guardados bajo la alfombra. Siempre tan educada, siempre creyéndose disimuladamente superior. Aunque no siempre fue así. Tú aún lo recuerdas, aunque sólo fueras una niña. Los abandonos siempre dejan huecos y se rellenan con lo que se puede. ¿Nos atrevemos con el último cuadro, Lali? Si te sirve de consuelo, siempre es mejor un padre desaparecido que un guardián controlador. Capitana Rosa Pasos. A los cuatro días de llegar tu querido y ausente progenitor a Nicaragua en una misión de la Cruz Roja, se quedó fascinado por la revolución sandinista y por ella. Gorra ladeada, kalashnikov en bandolera y la sonrisa del triunfo. Aún guardas la fotografía que él te envió después de habérselo rogado durante años. Ni él debió enviártela ni tú debiste pedirla. Lo siento, sé que a veces te cuesta aceptar mi opinión, pero no puedes callarme. Te quedaste enganchada a esa imagen. Melena larga y despeinada por el viento,

una sonrisa contagiosa y una mirada que transmite la exaltación de la vida. ¿Sabes lo que creo? Que quizás ahí empezó todo. Todo. Me entiendes, ¿verdad? Tranquila, no vamos a recordarlo ahora. Café. Tu madre te está ofreciendo café. Reacciona, Lali.

—Sí, por favor. ¿Preparo unas tostadas?

Ahí has estado bien. Un poco de iniciativa colaborativa.

Ya sabes, ella con mantequilla y tú con aceite. No sea que coincidáis en algo.

—¿Qué tal la fiesta de ayer, Eulàlia?

—Agotadora. Hasta las tres de la madrugada jugando con ocho fragancias, adaptándolas a la música, al ambiente de cada salón, a los caprichos de la dueña de la mansión, una excéntrica que no sabe cómo malgastar su patrimonio.

—Mientras gaste los cuartos contigo.

—Eso es verdad. Además, me han salido otros cuatro encargos más. Aún se van a poner de moda las «fiestas fragantes». Así lo llamó. Vaya cursilería.

—Pues yo también tengo un encargo para ti.

—¿Piensas dar una fiesta?

—El señor Antoni quiere verte.

—¿El vecino?

—¿Conocemos a algún señor Antoni más?

No resoples. Es demasiado pronto. La has despertado y está de mal humor. Déjala ser un poco impertinente. Quién sabe, quizás estemos ante una historia interesante.

—¿Te dijo de qué se trata?

—Algo me comentó de su madre, pero no parecía muy dispuesto a dar explicaciones.

—Hace semanas que no lo veo. Antes pasaba más tiempo en el jardín, lo distinguía desde el estudio. ¿Está bien el hombre? Me refiero a si le rige bien la cabeza.

—Tu delicadeza hace honor a tu carrera. ¿Recuerdas que estás hablando a una anciana?

—Mamá, tú simplemente eres vieja. Pero el pobre hombre debe ser ya centenario.

—Es trece años mayor que yo y bastante más educado que tú.

—Tampoco habéis tenido nunca mucho trato.

—De niña lo recuerdo siempre por casa, pero después se marchó a trabajar a Francia. Regresó cuando se casó, y todos los domingos venía un ratito a saludar a mamá. A menudo hablaban de Roser, su madre. Creo que las dos se hicieron buenas amigas durante la guerra. Después, mamá empezó a enfermar...

—A enloquecer.

—Él la apreciaba. Y también a la yaya Montserrat. Por Todos los Santos siempre dejaba un ramo de flores sobre su tumba.

Montserrat, la médium, la católica, la severa, tu bisabuela. Su hija Eulàlia, la loca. Tu madre, también de misa, también estricta. ¿Y tú? No voy a decirlo, tranquila. No seré yo la que hable de patrones en serie. Lo único que no ha dejado de repetirse en esta torre son las pullas maternofiliales. Un linaje de mujeres supervivientes, y en la pared, el vestigio de unas ausencias insustanciales. Al menos, tu niña ya sólo viene de visita.

—Mamá, ¿te ha dicho Mila si vendrá a cenar? Le prepararé la lasaña que tanto le gusta.

–Vendrá. Pero se ha hecho vegetariana.

–¿Me estás tomando el pelo?

–Me ha dicho que prepare un sofrito, y ella traerá unas verduras del huerto.

–Verduras.

–Y un pan que ha horneado.

–Huerto, pan y amor universal. ¿Para qué se sacó una carrera, un máster y habla tres idiomas?

–Para llevar la vida que quiere.

–Vive en una masía aislada con gente que siempre está de paso. Hoy fabrican quesos, mañana tocan el ukelele y pasado vete a saber qué. ¿Es la vida que quiere o una huida? Está malgastando su talento.

–Hace poco más de veinte años tú me dijiste que no me metiera en tus asuntos.

–Yo no me fui a plantar tomates.

–Pues quizás hubiera sido mejor.

Tocada y hundida. Sí, ya sé. Creíste que sólo eran fórmulas químicas. Complejas, pulcras y asépticas fórmulas químicas. Hasta que el aire se saturó de algo peor que la muerte. Y llegó el olor a pantano.

Barcelona, 28 de octubre de 1936

Querida Mercè:

Sólo hace unos meses que empezó todo, pero cualquier tiempo anterior parece remoto. Como si el verano, la primavera o el invierno pasado formaran parte de un calendario ya caduco y sin recambio en la imprenta. Como si este otoño hubiera venido para quedarse, cada vez más frío, más desnudo de todo. Ya no cuido las plantas del patio, Mercè. No sé por qué, en realidad tendría tiempo, pero se me fueron las ganas de cuidarlo. A ti, que eres capaz de pasar horas mirando las flores, cuidando los tallos, aireando la tierra, te parecerá cruel que no haya tocado una planta desde hace dos meses, justo desde lo de Antoni. Quizás es que ya tengo bastante con atenderlo a él. Mi gran vegetal. Un enorme hombre planta sin palabras ni miradas. No habla, no se mueve, sólo absorbe toda la vida de su alrededor. Su cuerpo, un tronco que se come su espíritu y quizá también el mío. El del niño, no. A él trato de apartarlo de la tristeza.

Yo creo que fue la ceniza. Cuando estalló este otoño a destiempo, desde mi ventana veía las columnas de humo de

las iglesias incendiadas. Santa María del Mar, el Pi, Betlem... La ceniza se convirtió en plomo, y el plomo, en sangre, y la sangre, en musgo. Un musgo húmedo y frío, negro como humo, que acabó cubriendo las calles, las casas y nuestros cuerpos.

Tuya,

Roser

Barcelona, 3 de noviembre de 1936

Las sábanas se me van a quedar hechas un guiñapo. Estaba tendiéndolas cuando la señora Montserrat, mi vecina, me ha dicho que la policía, creo que ahora debo llamarla la Brigada Antifascista, ha entrado en la torre de los Pons, ha encontrado crucifijos y estampas, y se ha llevado al pobre señor Lluís y a su hijo. Y ella me iba contando, y yo sentía un enjambre de abejas rabiosas despertando en mi estómago y ascendiendo hacia mi boca. Me he cruzado la chaquetilla, como si así pudiera evitar que los agujerones me atravesaran la piel. Entonces, la señora Montserrat me ha dicho algo que aún me ha inquietado más: «Roser, cuídate mucho de los que viven bajo centinelas de piedra». Eso me ha dicho, y entonces ha clavado su mirada extraña en mis ojos y aún ha sido peor que mil picaduras. Justo entonces ha salido su hija Eulàlia a regañarla por subirse al banco y hablar a través de la hendidura del muro. Las dos andan siempre a la greña. Yo he dicho que tenía la comida en el fuego y he acabado de tender rápido la ropa, demasiado. Y ahora miro las sábanas y no sé si me inquietan más

las arrugas o las palabras de la señora Montserrat. Tú no la conoces, pero ella a veces sabe cosas que nadie sabe, y a mí no me ha gustado su advertencia.

Con un escalofrío,

Roser

El perfume de Roser

—Hola, Marta, vengo a ver al señor Antoni. ¿Crees que es un buen momento?

—Claro, Lali. Acompáñame, voy a buscarlo. ¿Tu mamá y la niña están bien?

—Las dos en plena forma.

Una dedicada a clavarte el agujón y la otra confraternizando con las abejas. Al menos, las tienes entretenidas. Se te hace extraño contemplar tu casa desde este salón. Nunca habías entrado en la torre del vecino. Sólo un muro os ha separado durante toda vuestra vida, pero apenas has cruzado unas palabras de compromiso con él. Fíjate, las ventanas de tu estudio se distinguen desde aquí. ¿Te das cuenta de que debes ser perfectamente reconocible por la noche, con las luces encendidas? Te incomoda, no te gusta sentirte expuesta. Qué importa, seguro que el hombre se acuesta pronto. Hace calor, y hay un exceso de olores concentrados. Unos pasos avanzan por el pasillo. Teniendo en cuenta su ritmo, sólo puede ser él. Vamos, Lali, aún tardará unos segundos en abrir la puerta. ¿Cuántos olores eres capaz de distinguir en este pequeño lapso de tiempo?

El polvo viejo, pegajoso y denso, acumulado entre las rendijas de la madera. La dulce vainilla de la oxidación de

la lignina del papel. El bálsamo espeso del aroma a cedro del aparador. Ciertos rasgos picantes de mohó, que quizá provengan de la pared que da al patio. Detrás de la madera que la cubre debe de haberse acumulado humedad. La alfombra desprende un irritante olor químico; no hace mucho que ha sido limpiada. Hay algo más, un poso tenue, pero persistente. Lo más probable es que sea el aroma del hombre. Una mezcla de loción de afeitar, ropa limpia y olor corporal muy leve, agradable, cálido. Te evoca un ovillo de lana mullido, un té con una pizca de canela y jengibre, un bosque al atardecer, cuando el sol está justo a punto de ponerse, con los naranjas y dorados deslizándose hacia un marrón sólido. Es innegable la reserva poética de tu sentido del olfato. Para el resto, te sobra con la prosa más burda. No más. Se acabó el tiempo.

—Buenos días, vecina. Disculpe por haberla hecho venir, pero esta pierna no siempre se comporta como es debido, y su madre me aseguró que no le importaría acercarse a verme.

—Por supuesto. Además, así he tenido oportunidad de ver mi estudio desde una perspectiva desconocida.

—La veo a usted muchas noches.

—¿Ah, sí?

—Los viejos y el sueño no siempre nos llevamos bien. Será que tememos desperdiciar minutos de conciencia. Mi dormitorio está justo encima de esta sala, y desde mi ventana puedo ver su luz encendida, a veces hasta muy tarde. No piense que la espío ni nada parecido, por favor, tampoco mi vista alcanza demasiado, pero me tranquiliza esa lámpara prendida, me hace compañía. De hecho, fue la ex-

trañeza de esos horarios tan dilatados lo que me hizo preguntar a su madre por su oficio. De eso ya hace más de un año. Durante todos estos meses, una idea no ha dejado de rondarme la cabeza, hasta que me he decidido a contársela. Pero, antes, discúlpeme por haberla avasallado con tanta palabrería, ¿le apetece tomar alguna cosa? ¿Un café?

—Mejor que no, gracias. Acabo de tomar uno y, si insisto, esta noche no habrá manera de apagar la luz.

—Entonces, sígame, por favor. Quiero mostrarle una habitación y explicarle qué tontería se me ha ocurrido. Mientras, si no le importa, me gustaría que me contara algunos detalles de su profesión.

Lo sigues, obediente. Te sientes a gusto aquí, siguiendo sus pasos pausados, escuchando esa voz que habla de puntillas, dejando que las palabras resbalen sin estridencia. Te entiendo. Aquí quizá ni siquiera me necesitarías. Aquí, tal vez, ellos no te asaltarían por la noche. La chaqueta de lana baila sobre los hombros del anciano, colgada de unos huesos apenas recubiertos de piel. Su delgadez es extrema, pero no resulta desagradable. Definitivamente, el olor del salón es el suyo. Un aroma cómodo, balsámico. ¿Caramelo de miel, te preguntas? Será.

—Me dedico a restaurar perfumes antiguos. A partir de restos o de fórmulas que se han conservado, trato de resucitarlos. Trabajo para museos, pero también para empresas y algunos clientes particulares.

—¿Puede lograrlo? ¿Puede recuperar exactamente un aroma perdido?

—Es difícil asegurarlo. Depende de muchos factores. De si trabajo con fórmulas o con muestras. Algunas de las esen-

cias que se utilizaban antiguamente están prohibidas. Para cada una de ellas hay un sustituto cuya diferencia no es perceptible, pero, si hablamos con rigor, no puedo decir que se consiga científicamente el mismo perfume.

—Sólo quiero que yo pueda sentirlo como el mismo.

—¿De qué se trata, señor Antoni? ¿Qué perfume quiere recuperar?

—Permítame que primero le muestre esta habitación. Pase, adelante, ahora subo un poco más la persiana. Siempre la tengo en penumbra, para que la luz no quemee los colores.

La prisión del tiempo, acabas de traspasar su umbral. Las manecillas prendidas. El tictac detenido. Todo lo que contiene este cuarto lleva décadas inalterado, sin nadie que lo use, impoluto. Inquietantemente limpio. Una colcha de hilo de color salmón con un fino bordado en blanco que parece esperar, inútilmente, a la persona que se envolvió con ella por última vez. Un precioso escritorio de caoba tallada. Igual que la silla que lo preside. Y quizá también ese baúl bajo la ventana. Una pieza de coleccionista, exquisita si no fuera por esa raya en la tapa. Es extraño que el hombre no la haya reparado. Parece haber puesto mucho cuidado en tenerlo todo perfecto. Incluso ha restaurado esa antigua caja decorada con unos niños jugando en la nieve.

—Siéntese, por favor. Sí, sí, en la silla. Yo me sentaré aquí. Este baúl tan alto resulta más cómodo para mis rodillas.

—Es un dormitorio precioso.

—Lo es. Realmente lo es.

¿Qué crees, Lali? No es su dormitorio actual, eso está claro. Tampoco el que compartía con su mujer. Cada ob-

jeto parece llevar más de medio siglo dormido. Preciosa, esa antigua estilográfica. Y esa hoja en blanco, el anciano debe de cambiarla periódicamente, esforzándose para que se mantenga blanca, para evitar que un color amarillento caduco, de final, se apodere de la estancia.

—Éste era el dormitorio de mi madre. No sé si está al corriente, hace tantos años de todo... Ella murió durante la guerra, unas fiebres repentinas se la llevaron. Yo entonces tenía siete años.

—Sabía que la señora Roser había fallecido hace mucho, pero no que usted fuera tan pequeño cuando la perdió.

—Fueron tiempos difíciles. Mi padre había muerto unos meses antes. Había sufrido una grave apoplejía y apenas reaccionaba a ningún estímulo. Cuando quedé huérfano, la tía Rita se instaló aquí, y ella fue quien me cuidó. Era una buena mujer, aunque no demasiado sensible. Lo primero que hizo fue desprenderse de toda la ropa de mi madre, eliminar cualquier rastro que recordara a ella. Apenas pude salvar cuatro cosas que me apresuré a esconder. Ella ocupó esta estancia y, hasta su muerte, diez años más tarde, no volví a recuperarla para mi memoria. Me senté donde estoy ahora y recordé a mi madre ahí, en el lugar que usted ocupa. A ella le gustaba mucho escribir, solía hacerlo por las noches. Después de cenar, me dejaba tumbarme un rato en su cama, y yo me adormilaba con el leve sonido de la pluma rasgando el papel. ¿Lo reconoce? Es un rumor precioso. Pero bueno, discúlpeme, la estoy entreteniendo con mis tonterías de viejo.

—No se preocupe. Y no son tonterías. Son recuerdos. Estamos hechos de ellos.

—Sí, recuerdos. Por eso he recurrido a usted.

No hay duda de que el hombre domina las pausas dramáticas. Ahora abre el armario. Vacío. Parece que a él también le faltó tiempo para desprenderse de las prendas de la usurpadora tía Rita. Vaya, pero en ese cajón sí hay algo. Una vieja caja de cartón. Jabones Llobet.

—Mire, acerque su silla. Mejor que le muestre el contenido sobre el baúl. Con el baile que llevan mis manos, aún podría hacer un destrozo. Se trata de este frasco.

—Un precioso frasco de perfume.

—En esta caja guardé todo lo que pude recoger del escritorio de mi madre: la estilográfica, unas cartas, la última cuartilla escrita por ella y su perfume. Escondí la caja en la bodega, dentro de una estufa de hierro que se había descoyuntado. Durante años, no me acerqué a verla, como si algo sagrado pudiera romperse si me atrevía a profanarla. Sólo una vez la abrí, para recoger las cartas que había guardado. Ni siquiera se lo conté nunca a mi esposa. Sólo después de su muerte me decidí a sacarla de su escondrijo. Pensé que los recuerdos de mamá me harían sentir un poco menos solo.

Cuidado, Lali. Primer aviso. Ya sabes que no te llevas bien con las emociones. Controla el exceso de hormonas y leucina-encefalina que súbitamente ha fabricado tu cuerpo. Sí, yo también domino tu jerga. Ahora domina tú ese cerebro a mil por hora que no siempre sabe detenerse a tiempo y calibrar las situaciones. Ante la duda, indefectiblemente, optas por disolver el almíbar con dosis extra de cazalla. Es decir, borde, rematadamente borde. Respira hondo.

—Volví a dejar la pluma en su sitio, sobre la mesa. Pero seguí guardando en la caja el par de cartas que me quedaban y el perfume. Durante meses quise abrir el frasco, pero no conseguía reunir fuerzas. Tener la posibilidad de volver a oler el aroma de mi madre era algo que me alteraba profundamente. Al fin, me atreví. Pero entonces vino la decepción. No tenía nada que ver con el olor que yo recordaba. Nada.

—Hubiera sido un milagro. Los perfumes se oxidan. Pueden mantenerse algo más de veinte años si están bien preservados, si están a salvo de la luz y los cambios bruscos de temperatura. Después, empiezan a degradarse. Aunque a veces se puede conseguir lo imposible. Entre los restos recuperados del *Titanic* se halló el maletín de un perfumista alemán; aseguran que las muestras mantenían su fragancia.

—Entiendo. —Me parece que no le interesan mucho tus anécdotas, se lo ve preocupado—. Pero usted se dedica a ello.

—Sí, soy restauradora de perfumes, pero también tengo que serle sincera: no hago milagros. Puedo tomar este frasco, analizar su contenido y tratar de descifrar los diferentes elementos que lo componen, que no son más que el producto de la oxidación de los originales. Puedo llegar a suponer y aproximarme a lo que podría ser la fórmula inicial, pero nunca tendré la certeza de ofrecerle exactamente el mismo perfume.

—Yo sí lo sabré. Quizá me tome por ingenuo, pero estoy convencido de que podría reconocer perfectamente el aroma de mi madre.

—No es ingenuidad. El olfato es el sentido con más capacidad de memoria. Un olor es un vínculo directo a un

momento. Al pan que comía de niño. A la sopa de la abuela. Al jarabe que odiaba. Pero hay algo que me extraña: aunque las fragancias se comportan de un modo distinto en contacto con cada piel, seguro que tiene que haber oído alguna otra vez en su vida el perfume de su madre.

—Nunca. Aunque le parezca extraño. No he vuelto a olerlo. Ni siquiera cuando trabajé en la sección de cosméticos de unos grandes almacenes.

Te preguntas si debes seguir adelante. ¿Por qué no? Es cierto, demasiados sentimientos. El señor Antoni no busca un perfume; trata de resucitar a la madre muerta, y en eso no puedes ayudarlo. El frasco sólo contiene un montón de elementos oxidados que tú evocarás mezclando con otros. Nada más. No hay magia. Ni romanticismo. Tú, mejor que nadie, sabes que no hay fragancia capaz de devolver la vida. Pero ayudarlo te ayudará. Hazme caso. Ya que no puedes librarte de los muertos, elige los fantasmas.

—Sólo hay un perfume, el famosísimo Chanel n.º 5, que consigue despertarme un levísimo recuerdo, como el sonido de una caracola te conduce hasta el mar. Pero no es la misma fragancia, de eso estoy seguro.

—Ese recuerdo puede facilitar las cosas. Si le evoca a Chanel, queda descartada una fragancia simple, como entonces eran la mayoría, basadas en la esencia de un único elemento. Se trata de una combinación más compleja. Por fortuna, todos los perfumes de esa época están documentados. Si consigo saber de cuál se trata, podré acceder a su fórmula. Perdóne la indiscreción, pero necesito orientarme sobre la capacidad económica de su madre. En los años treinta, pocas mujeres en España podían permitirse un per-

fume del tipo de Chanel n.º 5. Eran productos muy elitistas. De hecho, si no recuerdo mal, fue en 1934 cuando esa marca empezó a comercializar frasquitos pequeños para que más mujeres pudieran acceder a él.

—No sabría decirle. Esta casa la recibió mi madre en herencia de un tío suyo que murió viudo y sin descendencia. Mi padre fabricaba jabones, pero no pasaba de tener un pequeño taller.

—Pero debía de tener contacto con distribuidores de productos de cosmética; quizás así pudo conseguir el perfume a buen precio. Otra cosa que me extraña es el frasco. Es precioso; seguramente ya entonces se trataba de una pieza antigua, pero es extraño que su madre lo prefiriera a la botella original. Generalmente tenían diseños muy trabajados.

—¡De eso sí me acuerdo!

Míralo, acaba de volver a ser un niño. Su espalda se ha erguido, y sus manos vuelan tratando de recuperar la movilidad perdida. Recuerda perfectamente la tarde en que su madre y una amiga charlaban en ese mismo dormitorio, mientras él y el hijo de aquella otra mujer correteaban por el cuarto. Los pequeños hablaban de aviones y milicianos, jugaban a la guerra, mientras las madres cuchicheaban. Fue una tarde alegre. Era el cumpleaños de su madre, treinta años, y su amiga le había regalado el frasco de vidrio. Puede ver a su madre vertiendo con cuidado el contenido de una botella más grande en el frasco de perfume, mientras la otra exclamaba algo que él no entendía y reía a carcajadas.

—Me gustaba que esa mujer viniera a visitarnos. Me gustaba su ánimo y su alegría. Aunque la guerra lo com-

plicó todo, ellas nunca dejaron de permanecer en contacto. Sellaron un extraño pacto, aunque más bien debería decir que mi madre aceptó la petición de su amiga: escribirle tanto como pudiera. No importaba de qué. Pensamientos, cuentos o naderías. Mi madre escribía, y yo era el mensajero. Llevaba las cartas a la casa de esa mujer, no lejos de aquí. Mi misión consistía en depositarlas en un macetero vacío bajo el porche. Allí, a veces, no siempre, encontraba una carta dirigida a mi madre.

—Qué curioso.

—Era una especie de juego, eso decía mi madre, aunque con los años he llegado a pensar que escondía algo más importante. Eran amigas desde niñas y a ambas les gustaba escribir. Aunque no debería compararlas; aquella mujer se convirtió en una gran escritora.

—¿De veras?

—Una de las más grandes en catalán: Mercè Rodoreda.

—¡Rodoreda! ¿Me está diciendo que guarda cartas escritas por ella?

Vaya, vaya. Esto gana emoción por momentos. Y tú eres incapaz de disimularlo. Querida, se te nota a la legua el alma de cazadora. Hasta diría que el señor Antoni se ha dado cuenta. Tus mejillas han enrojecido, y él se está tomando sus buenos segundos para responder. El niño viejo sigue jugando.

—Rodoreda vino a buscar sus cartas muchos años después, cuando regresó definitivamente del exilio. Se presentó aquí un día, sin previo aviso. La reconocí al instante, su rostro no había cambiado tanto.

—¿Y ella le devolvió las cartas que había recibido de su madre?